

MONASTERIOS DE EXTREMADURA

Tentudía: En memoria del milagro que detuvo el sol

De austera traza, Tentudía se asemeja en la lejanía del horizonte más un baluarte militar que a un santuario mariano. Y a gala lo tiene, recordando su origen. De cerca, el monasterio aparece de improviso, sobre el pinar, en la achatada cumbre como una pequeña mole cerrada y almenada —de gris granito y argamasa— cerrada hacia sí misma; replegada hacia el recoleto y singular claustro mudéjar; cerrada hacia su propio mundo de leyenda, protegiéndose y resistiendo durante siglos el embate del temido viento, de crudos temporales y borrascas; y de los hombres. Situado sobre la más alta cumbre de Badajoz, Tentudía —Tudía, de antiguo— trae a la memoria el recuerdo de milagrosas gestas épicas; y el de un nombre: Pelay Pérez Correa, también conocido como "El Cid de la Baja Extremadura".

ANTONIO S. OCAÑA

FOTOS, CEFERINO LOPEZ

"Et d'aquesta razon vos contare un gran miragre... que fer hua vez en Tudía...". Así comienza la narración en verso alfonsino recogida en una de las "Cantigas de Santa María" con la que el juglar devanaba el rosario de milagros acaecidos y atribuidos —según la tradición de la época— a Nuestra Señora de Tudía.

Ello da idea de la fama y celebridad alcanzada por la imagen de Santa María venerada en el pequeño templo, levantado en el siglo XIII, sobre la más alta cumbre badajocense por mandato de Pelay Pérez Correa, XIV maestro de la Orden de Santiago, en acción de gracias por la sobrenatural ayuda mariana recibida para vencer a las huestes musulmanas.

Reza la leyenda que el milagro ocurrió cuando las tropas cristianas, metidas —sobre 1.240— por deseo de Fernando III en campaña militar para tomar por las armas Sevilla, combatían esforzadamente en las abruptas sierras donde hoy confluyen los límites de Andalucía y de Extremadura. La pugna había sido dura. Los freires de Santiago se batían con crudeza contra la morisma, pero el día declinaba. Caía la tarde y la victoria no se había decidido a tomar partido.



Sobre la suave loma del pico más elevado de la provincia pacense —1.104 metros— se alza el vetusto monasterio de Tentudía, presidiendo un rosario de sierras donde confluyen los límites de Extremadura con Andalucía.

CEFERINO LOPEZ

Pelay Pérez Correa, capitán de la tropa cristiana, temiendo el avance de la noche y la llegada, con la oscuridad, de refuerzos para los musulmanes imploró la protección de la Virgen para que detuviera el incipiente ocaso gritando: "¡Santa María, detén tu día!". Y oró con tal fervor, dice la tradición, que el sol quedó prendido, inmutable, sobre el horizonte. Y los cristianos, visto el sobrenatural suceso, prosiguieron con mayor ímpetu la lucha. Y la victoria se inclinó de su parte.

Un pequeño templo sobre la sierra

Y en loor de la Virgen, el maestro ordena levantar una pequeña ermita, sobre la alta cumbre, bajo la advocación de Santa María de Tudía. Después, la leyenda, cantada por juglares, recitada de padres a hijos durante generaciones y siglos; también, la fama y la gran devoción alcanzada hasta convertirlo en centro espiritual capaz de extenderse más allá del vasto territorio que se alcanza a ver, desde la cumbre, hasta el confín del horizonte.

Dice el guarda del monasterio, que en los días claros se adivina Sevilla. La Venta del Alto, es esta tarde, despejada tras la niebla y el agua de la mañana, un punto blanco entre la sinfonía de sierras que rodean por el sur la cor-

dillera sobre la que se alza el monasterio. Son 1.104 metros de altitud sobre el nivel del mar.

Pero, tierra adentro, el único eco que se escucha es el del viento sobre el pinar, azotando los rosáceos lirios que brotaron, como un milagro, con las primeras lluvias invernales. Pero los dominios espirituales de Tentudía superaron con mucho cuanto la vista alcanza desde la cumbre. La leyenda es divulgada por la literatura. Llegado el Siglo de Oro se convierte en tema de una comedia de Lope de Vega, titulada "El sol parado".

Sepultura de Pelay Pérez Correa

Poco se sabe, a ciencia cierta, sobre la fecha en que se levanta la pequeña basilica. Seguro es que fue erigida a mediados del XIII. Sólo hay testimonio de que Pelay Pérez Correa, XIV maestro de la Orden de Santiago —desde 1242— y lugarteniente de Fernando III El Santo, deja dispuesto en su testamento ser enterrado en la ermita de Tudía.

Al denominado "Cid de la Baja Extremadura" la muerte le sorprende en Uclés, (Cuenca), en 1275. Dos siglos largos habrán de transcurrir hasta que sus restos lleguen —en 1511 por orden del Fernando el Católico— hasta Tentudía.

Pero el templo ya no es en es-

ta fecha el pequeño oratorio de sus comienzos. Nada queda de la primitiva basilica. A la iglesia ampliada, de una sola nave, constituida por cuatro tramos separados por tres gruesos arcos de medio punto, ábside y bóvedas de crucería, se habían añadido dos capillas laterales cubiertas con cúpulas octogonales sobre trompas.

La del Evangelio, denominada de los Maestros, de carácter funerario, como atestigua el gran túmulo central de yacentes freires, acoge las sepulturas de Gonzalo Mejía y Fernando Ozores, maestros durante la segunda mitad del XIV. La de la Epístola, denominada de Santiago, de no menos sorprendente fábrica.

Ambas cuentan hoy con sendos retablos de azulejos, dedicados, en un caso, a Santiago —cabalgando sobre blanco corcel, espada y pendón de la orden en mano, sobre descuartizados musulmanes— y en otro, a San Agustín. Dos brillantes muestras de la azulejería sevillana, al igual que las bellas baldosas que recubren el túmulo —situado junto al altar mayor— donde se descansan, según reza la inscripción, los restos del mítico héroe militar. Porque en Tentudía el azulejo alcanza la categoría de arte; sobre todo en el retablo mayor.

Es en los primeros años del XVI, con la llegada de los morales restos, cuando el templo

sufre su gran transformación. Se levanta el claustro y se proyectan las dependencias de la hospedería. En 1514, el Papa León X lo erige monasterio por bula, dotándole de importantes privilegios. Será cabeza de la vicaría de Tudía —con dominio sobre nueve pueblos de la comarca—.

Cuatro años después se contrata con Francisco Niculoso Pisano la realización del retablo de la capilla mayor. Hoy no ha perdido su esplendor de antaño, pese a los ataques del tiempo y de los hombres; de la ruina en que quedó el edificio durante el siglo pasado, hasta verse convertido en refugio de pastores y cabreros. El propio artista, acaso orgulloso de la obra, dejó plasmada para la posteridad la firma y el año de su ejecución.

Custodiaba la singular obra de arte una imagen en alabastro de la Virgen, hoy desaparecida. Decorado —de acuerdo con el renacentismo imperante— a base de grutescos y con profusión de emblemas de la orden santiaguista, aún se pueden admirar el fino trabajo en cada una de las siete escenas recogidas, alusivas —salvo los retratos de Pelay Pérez Correa, orando armado en el fragor de la batalla y del vicario Joan Riero— a la vida de la Virgen.

Del conjunto destacan los azulejos añadidos en la restauración de que fue objeto en los años setenta, que dejan constan-